EL SEGUNDO AÑO,

Ó

¿QUIÉN TIENE LA CULPA?

COMEDIA EN UN ACTO

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 24 de Julio de 1832.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
DON EUSEBIO.	*Don Carlos Latorre.*
CAROLINA.	*Doña Bárbara Lamadrid.*
EL CONDE.	*Don José Valero.*
GUTIERREZ.	*Don Luis Fabiani.*

La escena es en Madrid en casa de don Eusebio. — Sala ricamente adornada. Tres puertas, una en el fondo y dos laterales. Mesa con escribanía y papeles.



ESCENA PRIMERA.

DON EUSEBIO *concluyendo de escribir, y poco despues* GUTIERREZ.

Eusebio. ¡Eh! Ya tengo concluido mi correo. Ahora á divertirme. Aburrido estoy. ¡Son cosas tan heterogéneas los negocios y los placeres! ¡Oh, amigo Gutierrez! Toma, ya está todo firmado. ¿Han venido los corredores?

Gutierrez. Afuera estan esperando los tres que vinieron ayer.

Eusebio. Ahora no tengo tiempo. Estoy de prisa. ¿Ha venido el conde?

Gutierrez. ¿El conde del Tornasol? ¿Ese jóven tan elegante, tan... No ha parecido todavía. La señora ha preguntado por usted dos veces.

Eusebio. ¡Ah! ¡Mi muger!

Gutierrez. Ha tenido que desayunarse sola.

Eusebio. La culpa es suya, que se obstina en esperarme. Ya he dicho que por las mañanas quiero estar solo. ¿Ha de estar uno casado todo el dia? (*Se levanta.*) Pero el conde ya ha debido de recibir mi billete. ¿Cómo no ha venido?

Gutierrez. ¡Válgate Dios! No se halla usted sin ese caballerito.

Eusebio. Cierto. Cuando no le veo por la mañana, no sé cómo emplear el dia.

Gutierrez. ¿No piensa usted ir hoy á la Bolsa?

Eusebio. No; tú irás, tú, que eres el mas antiguo y el mejor de mis dependientes. Me viste nacer siendo mozo de caja en tiempo de mi padre, y por tu honradez y aplicacion has merecido ser mi cajero, mi hombre de confianza. Donde estás tú no hago yo falta.

Gutierrez. ¡Ah, señor don Eusebio!

Eusebio. ¿Qué es eso?

Gutierrez. ¡Señor don Eusebio! Esto va mal.

Eusebio. No son de ese dictámen mis libros; y me parece que mi fortuna...

Gutierrez. No es eso de lo que yo quiero hablar. Jóven todavía, es usted uno de los primeros banqueros do Madrid, y gracias á mí, aunque no me toca decirlo, en nuestras oficinas reina la mas perfecta administracion; pero el ojo del amo engorda al caballo, como dijo el otro, y la disipacion y el desorden interior tarde ó temprano arruinan á un hombre.

Eusebio. ¡Cómo!

Gutierrez. Señor don Eusebio, yo no entiendo de cumplimientos ni lisonjas. Mis libros y mi muger, mi muger y mis libros... y se acabó. Soy tan exacto y severo como mis guarismos; y cuanto yo digo es tan positivo, tan de fé como dos y dos son cuatro.

Eusebio. Pero vamos, ¿qué es lo que tienes que decirme?

Gutierrez. Muchas cosas; ¡muchas! Ya hace dos años que está usted casado.

Eusebio. ¿Dos años dices? ¡Qué! Mucho mas.

Gutierrez. No tal, porque hoy mismo es el aniversario de su casamiento de usted.

Eusebio. Sí, en efecto. Pues hubiera yo apostado... ¡Qué largos son los años!

Gutierrez. Ya le he dicho á usted que en punto á guarismos no me equivoco jamas. Pues señor, nos hallamos al fin del segundo año. Mi señora doña Carolina es linda persona. Usted se casó con ella por amor. ¡Oh! ¡Cómo la adoraba usted! Hubo oposicion á la boda por parte de su tio: quiso usted robarla, y por cierto que aquello me parecia á mí una locura, porque no soy yo apasionado á substracciones de ese género. En fin, se casó usted muy enamorado. Dió usted con la cúbica. En el primer trimestre ¡bravo! el amor prosperaba; al segundo bajaron un poco los fondos. No importa; al fin del año el balance se presentaba bien; pero desde el segundo, los bailes, los banquetes, los conciertos...

Eusebio. ¿Podia yo negar á mi esposa los placeres propios de su edad?

Gutierrez. Ya, sí... por vivir usted con mas libertad... Yo soy perro viejo, y á mí no se me oculta nada.

Eusebio. Pero, Gutierrez...

Gutierrez. Perdone usted. Cuanto yo digo es por su bien. Por lo demas puede usted vivir descuidado, que soy mudo y ciego cuando conviene. No está mejor guardado el oro de usted en mi caja que sus secretos en mi corazon.

Eusebio. Lo creo, Gutierrez. Tengo en tí la mas ciega confianza. Pero tranquilízate. Estás en un error.

Gutierrez. Quiera Dios que asi sea. A otra cosa: ahi tiene usted ese aderezo de brillantes que me mandó comprar ayer.

Eusebio. Muy bien.

Gutierrez. Ha costado dos mil duros, que son tanto como cuarenta mil...

Eusebio. Eso no es nada. Venga. (*Lo toma.*)

Gutierrez. No es nada para el que lo recibe, pero el que lo paga...

Eusebio. Calla, que desde mañana voy á vivir con mas economía. (*Guarda el aderezo en un cajon de la mesa.*) Supongo que el silencio...

Gutierrez. No tenga usted cuidado. Pero hay cosas... que afligen. Cuando en un matrimonio hay capítulo de gastos secretos, cuando estos no se registran por partida doble, todo se lo lleva la trampa.

Eusebio. ¡Qué idea!

Gutierrez. Don Eusebio, treinta años hace que me casé con mi Quiteria. No ha sido amable todos los dias; ya lo sabe usted; pero yo siempre fiel, si no por ella, por mí. Cuando el marido engaña á la muger, la muger... saque usted la consecuencia. Sino hay unidad de intereses, sino hay equilibrio en los gastos y en las... se acabó la armonía, el orden, la felicidad. ¿Y quién tiene la culpa? El primero que se ha estraviado. Porque, vamos claros, cuando en el matrimonio uno y uno hacen tres... ¡malo me he puesto!

Eusebio. No dejas de fundarte.

Gutierrez. (*Con calor.*) ¿Que si me fundo? Si usted creyera á Gutierrez... (*Entra el conde.*)

ESCENA II.

DICHOS Y EL CONDE.

Eusebio. ¡Gracias á Dios que te veo!
Gutierrez. Se acabó. Todos mis cálculos han dado al traste.
Eusebio. ¡Con qué impaciencia te esperaba!
Conde. No estaba yo en casa cuando enviaste la esquela.
Eusebio. ¡Cuántas cosas tengo que confiarte! — Amigo Gutierrez, el correo...
Gutierrez. Entiendo, entiendo. Le dejo á usted con su íntimo amigo, con su privado. (Vamos, en viniendo este hombre yo no toco pito, y mi moral es un libramiento protestado.)

ESCENA III.

EL CONDE Y DON EUSEBIO.

Eusebio. Tenia que hablarte antes de ver á Carolina, porque necesito de tí, y es preciso que nos pongamos de acuerdo.
Conde. Tengo á mucha dicha el poder servir á tan buen amigo.
Eusebio. Con calidad de reintegro; porque nosotros los solteros... Digo solteros, porque... ya ves, yo no tengo genio de casado. Has de saber, amigo mio, que aquella hermosura tan esquiva, aquella virtud incorruptible... al fin ha tenido á bien humanarse.
Conde. Te doy mi enhorabuena.
Eusebio. No ha sido poco triunfo, porque tengo muchos rivales. La muchacha tiene aqui un pariente que pretende no sé qué. Necesita recomendaciones, y yo se las he ofrecido con condicion de que ha de venir ella misma á recogerlas.
Conde. Y... ¿vendrá?
Eusebio. Me ha dado palabra de estar aqui á las cuatro; y yo, que me precio de urbano y galante, pienso volverle la visita esta noche misma.
Conde. Eres dichoso, amigo.

Eusebio. ¡Y tanto! Esta noche ceno con ella.

Conde. (*Sacando del bolsillo del chaleco una esquela, que guarda en seguida.*) ¡Ah! Vamos, esto es lo que me dabas á entender en tu billete. No creía yo que se trataba de la granadina.

Eusebio. Sí, chico; y con respecto al Dey de Argel, mi caballo árabe, tambien te digo en la esquela, como habrás visto, que puedes disponer de él cuando quieras. Sé que te gusta, he resuelto venderlo, y te doy la preferencia.

Conde. Gracias. Lo compro; y su importe...

Eusebio. Mas tarde hablaremos de eso. Pensemos en lo mas urgente. Convendria que luego... á las cuatro... me quedase yo solo, y tú me vas á proporcionar este gusto.

Conde. ¿Cómo?

Eusebio. Si dentro de un rato nos propusieras, asi como sin designio, á mi muger y á mí dar un paseo por las Delicias, aceptariamos...

Conde. ¡Buen espediente!

Eusebio. Espera. Al momento de salir, me sobreviene un negocio imprevisto; me veo precisado á quedarme, manifiesto sentirlo, pero los caballos estan puestos; no quiero impedir á mi muger que salga á esplayarse, y tú la acompañas en mi carretela.

Conde. Pero reflexiona...

Eusebio. A no ser que prefieras montar el Dey de Argel, y escoltarla á guisa de escudero cabalgador.

Conde. Hombre, el decoro..., el qué dirán...

Eusebio. Por lo mismo. Ya ves que yo trato de evitar un escándalo. Vamos, dame esta prueba de amistad, que yo te pagaré en la misma moneda cuando te cases.

Conde. Si absolutamente lo exiges...

Eusebio. Exijo mas todavía. ¿No vas esta noche al baile de doña Peregrina, la tia de mi muger?

Conde. Estoy convidado.

Eusebio. Ya sabes que hace un año que estoy reñido con ella.

Conde. Y sin motivo, porque es una señora tan amable, tan...

Eusebio. ¡Oh! Por supuesto; es señora de muy buenos

principios. Su casa me inspira suma confianza; pero ¿qué quieres? era preciso ir á su tertulia dos veces á la semana. No hubo mas remedio que buscar un pretesto para indisponerme con ella, sin impedir por eso á mi muger que sea consecuente con su tia, con su segunda madre; que no soy yo tan inconsiderado. De este modo en lugar de dos noches de fastidio periódico, me he proporcionado dos noches de libertad.

Conde. Bien calculado.

Eusebio. El caso es que á cierta hora voy siempre á buscarla, y mis planes de esta noche... ¿Entiendes?

Conde. Sí. Querrás que yo la acompañe.

Eusebio. Pues. La llevas, la traes...

Conde. ¡Eso es! Lo mismo dispones de mí... ¿Qué sabes tú si yo tengo algun otro proyecto entre manos?

Eusebio. ¿No he de merecer yo este sacrificio de tu amistad? El caso es que mi muger no sospeche nada. ¡Pobre Carolina! Estaria yo inconsolable si la causase la menor pena. Renunciaria á mi cita si supiera que el dia de mañana habria de llegar á su noticia.

Conde. ¿De veras?

Eusebio. Sí, amigo. Ante todas cosas mi muger. (*Sonriéndose.*) Sin embargo, sería lástima privarme... porque es tan graciosa mi granadina, tan bella... Menos que mi muger, lo confieso; pero este es un capricho...

Conde. De los muchos que te he conocido.

Eusebio. Y tiene una voz que arrebata. Si la oyeras cantar el *Sereni* y el *Triste afan*... Como yo pueda he de hacer que la ajusten de corista.

Conde. Sí, bien merece tu proteccion.

Eusebio. ¡Oh! Pero esta será mi última travesura; te lo prometo. Verdad es que esto no quita para amar uno á su consorte; al contrario. Un marido infiel es una cucaña para su muger. ¡Qué de atenciones, qué de finezas para tenerla contenta! Hoy por culpado, mañana por arrepentido..., siempre hay motivo para ser tierno y galante, siempre... Pero estas anomalías no estan al alcance de un solteron como tú.

Conde. Ciertamente.

Eusebio. Con que ¿estamos conformes?

Conde. Sí, aunque me cuesta repugnancia el ser tu cómplice.

Eusebio. A otro tanto me obligo cuando necesites de mis buenos oficios en tus aristocráticos amores. A propósito; ¿hay alguna duquesa en campaña? ¡Cuidado que es manía particular la tuya! No te gusta una muger como no cuente tres ó cuatro siglos de nobleza.

Conde. ¡Siempre estás con esa tema! Ayer mismo delante de tu muger...

Eusebio. ¡Si es la verdad! Cuando tú te humillas á una baronesa, es cosa de asombrarse. Yo no. Yo prefiero la gracia y la hermosura á los blasones y á los pergaminos. Yo busco mis queridas en el diario de avisos, y tú en el archivo de Simancas. Adelante. De gustos no hay nada escrito. Lo único que yo censuro es tu reserva. Yo nada te oculto, y tú te haces el misterioso conmigo, que soy tu mejor amigo, y tu banquero.

Conde. Te engañas.

Eusebio. No, no; que soy veterano. Hace algunos dias que estabas triste, abatido: nada te divertia: no se podia contar contigo para ninguna broma: ya no derochabas tu dinero... Vamos, eras hombre perdido.

Conde. Sí. Estaba enamorado, y sin esperanza.

Eusebio. ¿En el archivo de Simancas?

Conde. (*Titubeando.*) Sí, amigo, sí... De una muger deliciosa, jóven, amable... y muy dificil de conquistar.

Eusebio. No sería hipócrita ni coqueta...

Conde. Al contrario: muy fiel á sus deberes.

Eusebio. ¡Qué diablo... Pero ya debes de estar mas adelantado, porque de dos ó tres dias á esta parte tienes una cara de triunfo...

Conde. Sí. Las circunstancias me favorecen. Creo que soy mirado con ojos mas favorables. Ya empieza á gustar de mi compañía. En fin, anoche, animado por una mirada casi cariñosa, aventuré mi declaracion.

Eusebio. ¿De viva voz?

Conde. No tuve valor para tanto; pero me valí de un billete.

Eusebio. ¿Lo tomó?

Conde. Sí.

Eusebio. ¡Bravo! Pues chico, no abandones la empresa.

Conde. Pienso seguir tu consejo.

Eusebio. Sí, sí. ¿Quién sabe si estará deseando... (*Suena una campanilla.*) Mi muger es la que llama. ¡Y de recio! ¡Debe de ser asunto de la mas alta importancia!

ESCENA IV.

DICHOS *y* CAROLINA.

Carolina. (*A la puerta.*) Pues bien, ¡búscale, búscale! no puede haberse perdido. Anoche lo tuve en la alcoba. Yo no he salido del gabinete.

Eusebio. ¡Cómo! ¿Qué es lo que buscas?

Carolina. ¡Ah! ¡Eres tú! (*Al conde saludándole con frialdad.*) Beso á usted la mano.

Eusebio. ¿Pero qué es eso?

Carolina. Nada, nada. Es tan torpe mi doncella...

Conde. ¿Y qué se ha perdido?

Carolina. Un pañuelo. Anoche lo puse sobre una silla, y ahora no parece.

Eusebio. ¿Y tan preciosa alhaja es esa que...

Carolina. Nada: un pañuelo de batista bordado por las cuatro puntas. No es por lo que vale, pero no me gusta que se pierdan las cosas.

Eusebio. Bien, amiga. ¡Eso es lo que se llama ser muger de su casa!

Carolina. Sí, venme ahora con cumplimientos. Anoche me tenias muy enfadada. Estaba de un humor... No sé lo que hubiera hecho.

Eusebio. (*Riéndose.*) ¿De veras?

Carolina. Por fortuna me ha desarmado tu fineza de esta mañana.

Eusebio. (*Admirado.*) ¡Mi fineza!

Carolina. Sí; el hermoso ramillete con que he sido sorprendida al salir de la cama.

Eusebio. ¡Ramillete!

Carolina. No te hagas el desentendido. Te has acordado de que hoy es mi cumpleaños...

Eusebio. (¡Y es verdad!)

Carolina. Y te agradezco mucho la atencion. Ese rasgo lo borra todo, y yo sola soy culpable.

Eusebio. Sí, querida. Ciertamente... Siempre te tengo

en la memoria. Y hoy con mas motivo. Te aseguro que tenia intencion... de pensar... mas tarde... Pero yo no he sido el que esta mañana...

Carolina. ¿ Pues quién se ha anticipado...

Conde. Señora, yo soy quien se ha tomado esa libertad. En el dia que recuerda el nacimiento de usted no podia felicitarla mejor que ofreciéndola esas flores, símbolo de la belleza y de la juventud. Queria yo que al despertar se hallara usted en el seno de su familia.

Eusebio. ¡Bien, amigo, bien! ¡Qué bonito madrigal si estuviera en verso! (*A Carolina.*) ¡Eh! No lo estraño. Enrique es la suma galantería. ¡Qué fino! ¡Qué atento! Ya se ve, ha nacido con ese genio... Yo no soy asi.

Carolina. Pues sin embargo, algun dia...

Eusebio. Cierto. Cuando era tu enamorado... Pero entre marido y muger no hay necesidad de esos episodios. ¿Verdad, Carolina?—¡Ah! ¿Qué nos hacemos hoy? ¿Tienes algun proyecto?

Carolina. No. Si tú tienes alguno...

Eusebio. No... (*Bajo al conde.*) Esta es la ocasion.

Conde. Hace una hermosa tarde. ¿Vamos los tres á dar un paseo por las Delicias?

Eusebio. ¡Escelente idea!—¿Qué dices tú?

Carolina. Tan indiferente me es el salir como el quedarme en casa.

Eusebio. No. Bueno es gozar del aire puro. Hasta la hora de comer... Esta noche irás á la ópera, y luego al baile.

Carolina. Pues qué, ¿no piensas acompañarme tú?

Eusebio. Bien quisiera, Carolina; pero estando reñido con tu tia, ya ves, pareceria muy estraño... Y ademas tengo esta noche una cita... Cosas del comercio. Ya sabes, Enrique: lo del pozo artesiano.

Conde. (*Con gravedad.*) Sí; es especulacion que no debe descuidar, porque tiene muchos concurrentes.

Carolina. Eres dueño de hacer lo que gustes.

Eusebio. ¿Te enojas?

Carolina. ¿Yo? No por cierto. Ya estoy acostumbrada á tu indiferencia. Hubo un dia en que era yo tan simple, que me afligia cuando mi señor esposo se ne-

gaba á acompañarme. Aqui me estaba horas y horas llorando...

Eusebio. ¡Qué puerilidad!

Carolina. Eso es lo que yo me he dicho á mí misma. No ha dejado de costarme trabajo el tomar un partido... Pero dicen que afean tanto los pesares y las lágrimas... Y en efecto, ¿á quién se presenta una muger con los ojos hechos una grana, hinchados... Harto tiempo he menospreciado las saludables amonestaciones de mi espejo. Ya me resigno á escucharlas... y no lloro. Entre los consortes debe ser todo igual. Asi pues, cuando el señorito me deja por ir á divertirse, ¡ay triste! yo hago lo mismo para que no se diga que falto á las leyes del matrimonio.

Conde. ¡Qué bien sienta la sonrisa en esos labios! ¡Si supiera usted cuánto la embellece la alegría! ¡Cuán seductoras son esas gracias en un baile!

Eusebio. Todo el mundo lo dice.

Carolina. Parece que el señor no ve por sí mismo.

Conde. Felizmente hay quien tiene ojos que suplan á los suyos. — Yo, que no tengo negocios comerciales... pienso ir al baile... Y si me atreviera á pedir á usted la primera contradanza...

Carolina. Si Eusebio lo permite...

Eusebio. Sí, muger. Le autorizo para bailar contigo, aunque sea la *galopa*.

Carolina. Me alegro. Aun no la he bailado este invierno.

Conde. ¡Es posible!

Carolina. De veras. Suele ser lo último que se baila en casa de tia, y como nos retiramos á las once... A este caballero le entra muy pronto el sueño.

Eusebio. Es natural. Soy poco aficionado al baile, y sobre todo á la *galopa*.

Conde. ¡Hombre! No digas blasfemias. ¡Cuánto mas divertido es ese baile, y la greca, y el cotillon, y otros semejantes, que el insípido y diplomático rigodon!

Eusebio. Sí; ya comprendo... Ese amable desorden, eso de jugar á la pelota con las damas, debe de ser delicioso para vosotros los mancebos cortejantes; mas para las personas respetables que no danzan, para las madres y los maridos... no es muy apetitoso que di-

gamos. (*A Carolina.*) ¿Oyes? Mi permiso se entiende solo con el conde.

Caralina. ¿Y por qué nó con los demas?

Eusebio. Porque esas diabluras solo se pueden bailar entre amigos íntimos, entre personas seguras.

Conde. Dice bien. Es preciso tener confianza en su pareja. ¿Dónde hay cosa mas deplorable que un caballero inepto que embrolla las figuras y enreda todo el baile?

Carolina. Con usted no hay ese peligro. Yo soy la que temo no ser digna pareja de tan experto bailarin. Ya ve usted, una principianta...

Conde. ¡Qué! Si la *galopa* es cosa muy facil para las señoras. No hay mas que dejarse llevar. Apuesto á que con una sola leccion...

Carolina. ¡Oh! Sería mucha bondad...

Conde. ¡Qué! No señora. Yo tendré mucho gusto en ensayar á usted...

Eusebio. Vamos, muger. Una vez que Enrique quiere tomarse esa molestia... (*Se sienta junto á la mesa.*) aprovéchate de su atencion.

Carolina. ¡Qué! ¿Tú consientes...

Conde. (*Vivamente.*) ¿No ha de consentir?—Supongo que ya está usted instruida en los primeros elementos.

Carolina. No por cierto.

Conde. Mejor. Asi puede prometerse mas gloria el maestro. Vamos á ver. Cuando el caballero adelanta el pie derecho hace usted lo mismo con el izquierdo... ¡Bravo! Cuando cambie de pareja, cambia usted tambien.

Carolina. ¡Cómo!

Conde. Es de rigor.

Eusebio. (*Sentado á la mesa, y con un diario en la mano.*) Muger, cuando él lo dice...

Carolina. Lo tendré presente.

Conde. Ahora el cuerpo mas inclinado, vista á la izquierda... y no hay cuidado. El caballero la sostendrá á usted. Este es su deber. (*A media voz.*) ¡Y es un deber tan dulce...!

Carolina. ¡Señor conde!

Conde. La mano derecha.

Carolina. Yo aprenderé sin darla.

Conde. Es imposible.

Eusebio. (*Sin volver la cabeza.*) Muchacha, haz lo que te dice.

Conde. (*Principiando á bailar.*) Tra, la, la, ra, la... Ahora cambiamos de mano. Tra, la, la, ra, la... (*Llegando hasta la silla de don Eusebio.*) ¡Hazte allá, que nos estás estorbando!

Eusebio. (*Haciendo atras la silla.*) ¿Por qué no me lo decias?

Conde. (*Parándose.*) Y esto de cantar bailando... ¡Ahhh! Yo no puedo...

Eusebio. ¡Hombre! No te apures por eso. Yo os haré música. ¡Que sirva yo de algo siquiera! (*Toma un violin que habrá sobre una silla, y toca mientras el conde y Carolina bailan algunos compases de la* galopa.)

Conde. (*A Carolina bailando.*) ¡Bien, bien, señorita! ¡Admirables disposiciones!

Carolina. (*Bailando.*) Agradezco la lisonja.

Eusebio. (*Sin dejar de tocar.*) No, no es lisonja. Lo estás haciendo divinamente.

Carolina. Como soy que es este un baile muy divertido.

Eusebio. (¿Y mi cita? Se acerca la hora...)

Conde. ¿Por qué no sigues tocando?

Eusebio. (*Haciéndole señas.*) Tenemos que disponernos. El paseo proyectado...

Conde. Ya, sí... (*A Carolina.*) Dice bien. Dejemos la leccion. Tenemos que vestirnos. Hasta luego, amable alumna. Esta noche va usted á ser la admiracion del baile, y el honor de su maestro. (*Vase.*)

Eusebio. No tardes, Carolina.

Carolina. Pronto estoy vestida.

ESCENA V.

DON EUSEBIO.

¡Bueno! Nada sospecha. Partirán sin mí. La granadina vendrá al instante, y á la noche, durante el baile... Gracias á Enrique, ningun obstáculo se opone á mi designio. ¡Qué amigo! ¡Este sí que es amigo verdadero! ¡El Pilades del siglo diez y nueve! ¡Y luego

vendrán á decirme que infatuado con su título de conde mira por encima del hombro á los negociantes! (*Se sienta.*) ¡Calumniar de ese modo á mi mejor amigo, á un hombre que me quiere tanto, que no puede vivir sin mí, que baila con mi muger... Verdad es que yo hacia la orquesta, y es cosa que fatiga cuando uno no está muy acostumbrado... ¡Si creo que estoy sudando! (*Saca el pañuelo, y lo mira despues de haberse enjugado la frente.*) ¡Calla! Pues este pañuelo no es mio. Yo no los uso bordados. (*Riéndose.*) ¡Ah, ah, ah! Ya caigo. Este es el que andaba buscando mi muger. Esta mañana al levantarme lo tomé sin duda por equivocacion. ¡Pobre camarera! La ha regañado sin culpa. Hagamos ver su inocencia; y no por una niñería, cual otro Otelo... Pero, á propósito de Otelo, ¿qué diablos han atado en este pico? (*Tentando.*) Es un papel. (*Se levanta, y desata el nudo.*) ¡Hola! ¡Un billetito! (*Lo abre.*) ¡Qué veo! ¡Letra del conde! (*Lee.*) "Duélase usted, señora, duélase usted de un infeliz que fallece de amor y de despecho." ¿A quién va encaminada esta rogativa? "Tenga usted piedad de mis tormentos, hermosa Carolina." ¡Esto es á mi muger! ¡Me burla, me vende el traidor...! ¡Esta es la amistad que yo ensalzaba tanto! No lo contarás por gracia, condecito. Hoy mismo tu vida ó la mia... ¿Qué digo? ¡Dar semejante campanada! ¡Comprometer á mi muger! ¡Publicar mi oprobio! ¡Hacerme la fábula de Madrid...! ¡Digo! ¡Pues poquito ufanos se ponen los madrileños cuando pueden reirse á costa de un negociante! Parece que esto les consuela. No, no les daré yo ese plato de gusto. (*Se sienta.*) Mejor es cesar de verle sin mas esplicacion; no admitirle en mi casa... Pero si ama... si es amado... en otra parte se verán. Los obstáculos aumentarán su pasion. No, no me engaño. Carolina no le ama todavía: este billete me lo prueba. Él se queja de su crueldad... ¡Oh! Pero asi es como empiezan estas cosas, y lo que me decia Enrique no hace mucho... Aquellas miradas mas dulces, mas tiernas... ¡Y lo cierto es que ella recibió su carta! Es verdad que fué en un momento de cólera contra mí. Ahora lo recuerdo: acababa yo de escitar sus zelos...

¿Pero cómo es que hoy no me ha revelado esta declaracion? Si ya no le ama... quizá no está lejos de amarle. (*Despues de un momento de reflexion.*) ¿Y quién tiene la culpa? ¿Por qué me sucede á mí esto? Yo amo á mi muger: ella ès mi primera, mi única pasion. Me parece que no podria ser dichoso sin ella, ni sobrevivir á su pérdida, y sin embargo procedo como si no la amase. Prefiero á sus caricias las de otras mugeres que valen mucho menos. Gutierrez tiene razon. Descuido mis negocios. Me espongo á perder la estimacion pública. Vamos, es preciso mudar de conducta. Si obro yo como hombre sensato, si pienso únicamente en mis intereses y en mi muger, mi muger solo pensará en mí. ¡Qué diablo! En otro tiempo supe agradarla y triunfar de todos mis rivales. Ya; pero entonces era yo tierno, obsequioso, galante, jovial, complaciente... En una palabra, hacia yo lo que hace el conde, hacia... lo que no es facil hacer á los dos años de matrimonio. No importa. Este es el mejor partido que puedo tomar. Supuesto que se presenta un rival, procuremos sobrepujarle en atenciones, en finezas, sin hacer el ridículo papel de zeloso, y veamos quién vence entre el amante y el marido. Él es amable, sagaz, gran cortesano, rival temible por todos conceptos; pero yo defiendo mis hogares, y no puedo dudar de la victoria. ¿Cómo daria yo principio á mis planes? ¡Ah! justamente es hoy el aniversario de nuestro casamiento. Gutierrez me lo ha recordado. La haré unos versos... ¿Y cómo? En otro tiempo me los inspiraba el amor; pero el himeneo es tan prosáico... No obstante, probemos. (*Despues de meditar un rato.*)

¡Oh dia de placer, cuya memoria...

Pero á todo esto aun estoy en bata. Enrique va á venir hecho un Adonis... Como que es la suma elegancia; y yo á fuer de marido me creia dispensado de esos primores. Mal hacemos los casados en ser tan negligentes. Tenemos muchos enemigos, y es preciso estar siempre sobre las armas. ¡Hola! ¡Felix!

¡Oh dia de placer, cuya memoria...

(*A voces.*) ¿No hay quien acuda cuando yo llamo?

ESCENA VI.

DON EUSEBIO y GUTIERREZ.

Gutierrez. ¿Qué se le ofrece á usted?
Eusebio. ¿Qué se me ofrece? ¡Voto á briós! Hace una hora que estoy esperando á mi ayuda de cámara. ¿Dónde está?
Gutierrez. Le he visto salir de casa hace un momento.
Eusebio. ¡Pues! Cuando yo quiero vestirme... ¿Y adónde ha ido?
Gutierrez. No sé. Iba de bracero con Mariquita, la costurera de la señora.
Eusebio. ¡Con una costurera! ¡Él! ¡Un hombre casado!
Gutierrez. ¿Qué quiere usted? El ejemplo...
Eusebio. Será despedido.
Gutierrez. ¡Pobre Felix! No hay motivo. Vamos, yo mismo le daré á usted la ropa.
Eusebio. No, no lo permitiré.
Gutierrez. ¿Por qué no? (*Vase, y vuelve al momento con fraque, corbata &c.*) Aqui está todo.
Eusebio. (*Vistiéndose.*)

¡*Oh dia de placer...*

(*Mirándose en un espejo.*) ¡Ah, qué fraque! ¡Lo menos hace dos meses que salió esta moda! ¡Horrible antigualla!
Gutierrez. Hoy está usted muy delicado de gusto, y es estraño, porque...
Eusebio. ¡Es que hoy, amigo mio, hoy trato de agradar... á mi muger!
Gutierrez. ¡Es posible!
Eusebio. ¡*Oh dia de placer...*

Perdona que no esté en la conversacion. Estoy componiendo versos para ella.
Gutierrez. ¡Versos! Yo creo que estoy soñando.
Eusebio. Sí; pero por mas que me hilo los sesos... ¡Reniego de Apolo! (*Se sienta á la mesa y escribe.*)

¡*Oh dia de placer, cuya memoria...*
grabó Cupido...

¡Qué angustia!

Grabó Cupido con buril eterno...

¡Bien va! ¡bien va! Buril eterno... Sempiterno... In-

fierno... Gutierrez, dame un consonante en *erno.*

Gutierrez. ¿Qué sé yo... Cuerno.

Eusebio. ¡Calla, calla! (*Poniéndose la mano en la frente.*) Ya lo tengo aqui.

Tú, que mi corazon sensible y tierno...

Memoria, memoria...

Gutierrez. Zanaoria, achicoria, pepitoria...

Eusebio. Hombre, ¡qué... ¡Ah! Ya está.

Tú, que mi corazon sensible y tierno...
á la cumbre elevaste de la gloria...

Bien: ya tengo un cuarteto... pero he sudado el quilo.

Gutierrez. Si siempre se hacen los versos de ese modo, dígole á usted que poeta y energúmeno son una misma cosa.

Eusebio. Mi muger viene: déjanos.

Gutierrez. Haga usted por hablar en prosa, si no quiere asustarla.

ESCENA VII.

DON EUSEBIO *y* CAROLINA.

Carolina. Ya estoy vestida. No me he dado mucha prisa. ¿Para qué? Mi señor esposo tiene la laudable costumbre de hacerme siempre esperar un siglo.

Eusebio. ¡Que siempre han de tener prevenciones siniestras contra nosotros! ¡Hé aqui como nos juzgan! Y sin embargo estoy listo mucho antes qué... que el otro.

Carolina. (*Se ha mirado al espejo.*) Me parece que el vestido es de muy buen gusto. Me alegro por el conde, que es tan elegante... Lo que es por mi marido... como no le importa un bledo que yo vaya bien ó mal... (*Don Eusebio hace un gesto de impaciencia. Carolina vuelve la cabeza.*) ¡Ah! Alli está escribiendo Eusebio... No me oye. Algun importante negocio le ocupa. (*Viéndole gesticular, como quien declama.*) ¡Ay Dios mio! ¿Está haciendo versos? ¡Él! ¡Un banquero! No sé qué daria por verlos. Si pudiese... de puntillas... por detras del sillon. (*Lo hace. Eusebio sigue escribiendo y la mira al soslayo.*)

Eusebio. (Aqui viene.)

Carolina. No me ha sentido. Siquiera el título... (*Leyendo.*) "A mi cara esposa, soneto."
Eusebio. (*Levantándose y guardando el papel.*) ¡Cómo! ¡Aqui estabas!
Carolina. ¿Te sorprende mi presencia?
Eusebio. No, porque tu imagen me acompañaba.
Carolina. ¿Será ilusion? ¡Tú haciendo versos para mí!
Eusebio. Ah, ¿con que has leido... ¡Qué indiscrecion!
Carolina. Ninguna, puesto que yo te los inspiro.
Eusebio. Sí; pero falta que sean dignos de tí. Si no, morirán quemados como los demas.
Carolina. ¡Qué oigo! Segun eso, no son los primeros que me has compuesto.
Eusebio. ¡Qué! ¡Si no hago otra cosa! Solo de sonetos pudiera publicar un tomo.
Carolina. ¡Y sin enseñármelos!
Eusebio. Ni verán jamas la luz, que tengo yo demasiado amor propio. ¡Digo! ¡Epístolas á su muger! ¡Poesías conyugales! Les pareceria esto á muchas gentes tan romántico; quiero decir, tan ridículo...
Carolina. A mí no; y supongo que me darás ese soneto.
Eusebio. Con mucho gusto. Asi que esté concluido. Yo queria sorprenderte, pero contigo no ha lugar á sorpresas.
Carolina. Con todo, ahora estoy esperimentando una y muy agradable.
Eusebio. ¿Cuál?
Carolina. La de ver que piensas en mí.
Eusebio. (*Suspirando.*) ¡Ah! Sí. Esta es una debilidad que yo...
Carolina. ¿Cómo debilidad?
Eusebio. Que yo quisiera ocultar á todo el mundo. Eres tan indiferente para conmigo...
Carolina. Yo iba á hacerte la misma reconvencion.
Eusebio. Sería injusta. Si yo procedo asi, es por darte gusto, por imitarte, por no mortificarte con mis obsequios. Mas todavía: confieso que he procurado divertirme, distraerme; que hubiera querido olvidarte y amar á otra.
Carolina. ¡Qué oigo!
Eusebio. Tanto, que dias pasados casi me dejé cautivar.

Verdad es que se trataba de una conquista que me hubiera dado mucha celebridad.

Carolina. ¿Es posible...

Eusebio. Mi sinceridad á lo menos te prueba mi resistencia. Por tí he renunciado á una idea tan gloriosa, por tí principalmente; y en segundo lugar por el pobre Enrique, que segun creo está muy enamorado.

Carolina. (*Conmovida.*) ¡El conde!

Eusebio. ¡Oh! Yo he respetado siempre las leyes de la amistad. ¡Abusar del afecto, de la confianza de un amigo! ¡Qué infamia!

Carolina. ¿Amaba á esa dama don Enrique?

Eusebio. (No estoy obligado á defender su causa.) Él las ama á todas. No por mucho tiempo, si se ha de decir la verdad. Pero se le puede disculpar. Jóven, amable, introducido en el gran mundo... Lo mismo hacia yo cuando era soltero.

Carolina. Pues no hubiera creido...

Eusebio. Eramos camaradas, inseparables en nuestros placeres, partícipes de las mismas locuras. Ahora recuerdo una de ellas. Para simplificar nuestras empresas amatorias compusimos declaraciones de comodin, circulares que se acomodaban á todos nuestros planes, y que hubieramos podido litografiar en caso necesario.

Carolina. ¡Qué indigna especulacion!

Eusebio. Abominable. No puedo acordarme de ella sin rubor. Pero asi economizabamos mucho el tiempo. Tengo muy presente la tal circular. ¡Como la empleamos tantas y tantas veces! "Duélase usted, señora, duélase de un infeliz que fallece de amor y de despecho."

Carolina. (¡Oh cielo!)

Eusebio. "Tenga usted piedad de mis tormentos, hermosa... Victorina, ó Juana, ó Isabel, ó Hermenegilda. Mi tierno corazon..."

Carolina. Basta, basta. ¡Qué horror! No concibo cómo hay mugeres que se dejen engañar asi.

Eusebio. Pues sin embargo, no falta... (*Viendo entrar al conde.*) (¡El conde! Bueno. Ya los tengo encizañados. ¡Que venga ahora á hacer el amable!)

ESCENA VIII.

DICHOS y EL CONDE.

Conde. (*A Carolina.*) Estoy á las órdenes de usted. ¡Y qué hermoso tiempo! He citado á varios amigos que nos esperan en el Prado.
Carolina. Doy á usted mil gracias por su atencion; pero he mudado de idea. No pienso salir.
Conde. ¿Qué dice usted?
Eusebio. ¿Pero es posible...
Carolina. Me hallo bien en mi casa.
Conde. (*Aparte á Eusebio.*) ¿Qué significa esto?
Eusebio. Caprichos. (Bueno es que los sufran tambien los amantes, ya que quieren tener con nosotros comunidad de bienes.)
Conde. ¿Y ha de tener usted corazon para no lucir un prendido tan elegante?
Carolina. Tranquilícese usted. (*Con dulzura.*) Servirá para agradar á mi marido.
Eusebio (¡Bien haya tu boca!)
Conde. No habrá quien deje de envidiar su dicha. Pero la cabalgada... los elegantes que nos esperan...
Carolina. Déles usted la contra-orden por medio de una... *circular.*
Conde. (*Admirado.*) ¡Una circular!
Carolina. Aunque sería mas fino, mas acertado, que fuera usted á darles el aviso personalmente. Yo no se lo prohibo á usted.
Eusebio. (¡Bravo! Ya le ha dado pasaporte.)
Conde. (*Cortado.*) Señora, no comprendo.... (*Aparte á Eusebio.*) ¿Qué tiene tu muger? Esto es despedirme en castellano.
Eusebio. Creo que sí. Ya veo que esto te incomoda.
Conde. (*Con petulancia.*) ¡Bobada!
Eusebio. (*Con inquietud.*) ¿Pues cómo?
Conde. Su seriedad es efecto de alguna causa que ignoramos; pero una vez averiguada espero que se convierta en favor mio.
Eusebio. (¡Santo Dios!)
Conde. Sosiégate. Yo lo compondré todo. A la primera ocasion...

Eusebio. (*Encolerizado.*) (Muy diestro ha de ser para tenerla. No me separo de ella. Yo impediré que haya entre los dos la mas leve esplicacion.)

ESCENA IX.

DICHOS *y* GUTIERREZ.

Gutierrez. (*A Eusebio con misterio.*) Señor, en el gabinete hay una persona que pregunta por usted.

Eusebio. No estoy ahora...

Gutierrez. Eso he dicho yo; pero el individuo... (*A media voz.*) es una señorita. (*Alto.*) Dice que cuenta usted con su visita, y que esperará.

Eusebio. (Voto á... Es la granadina. Si mi muger supiera...)

Conde. (*Aparte á Eusebio.*) No tengas cuidado. (*Alto.*) Amigo mio, los negocios son lo primero. Recibe esa visita, que yo haré compañía á tu señora.

Eusebio. No... Pero... Sí...

Conde. ¿Ahora vas á gastar cumplimientos conmigo?

Eusebio. No, ciertamente; sino que...

Conde. (*En voz baja.*) Hombre, ten serenidad, que lo echamos todo á perder.

Eusebio. (¿Qué haré?)

Carolina. Que pase á esta sala sea quien fuere. ¿No es mas sencillo... (*Va á salir Gutierrez.*)

Eusebio. (*Vivamente.*) No, no, que son asuntos reservados. (*Vase Gutierrez.*)

Carolina. Pues anda. ¿Qué esperas?

Conde. ¡Si se lo estoy diciendo!

Eusebio. (*Fuera de sí, y mirándolos alternativamente.*) Sí, sí... mejor es. Le despediré. Vuelvo volando. (¡Qué leccion! Esponerme ahora...)

Conde. ¿Qué te detiene? Corre.

Eusebio. Sí, sí, corro (para volver mas pronto.)

ESCENA X.

CAROLINA *y* EL CONDE.

Conde. (Solos estamos. Los momentos son preciosos.) Se-

ñora, tenga usted la bondad de escucharme dos palabras.

Carolina. No puedo.

Conde. Es forzoso. No la hablaré á usted de un amor que la es tan odioso; pero no quiero desmerecer su amistad, su estimacion, y debo justificarme.

Carolina. No lo necesita usted.

Conde. Sí, Carolina. Me lo prueba el modo que ha tenido usted de recibirme. ¿Qué he hecho yo? ¿Cuál es mi delito?

Carolina. ¡Y usted me lo pregunta! Anoche por no dar escándalo y estar mi marido delante no le devolví á usted el billete que tuvo la osadía...

Conde. Señora...

Carolina. Debo contestar á usted; y lo haré en dos palabras. Por mucho que sea el mérito de usted, no es ninguno á mis ojos. No aumentaré yo el número de sus conquistas.

Conde. ¡De mis conquistas! ¿Quién le ha dicho á usted...

Carolina. Quien le conoce á usted muy bien, quien le trata con mucha intimidad.

Conde. Sin duda será don Eusebio...

Carolina. No nombro á nadie; ¿pero qué tendria eso de particular? Yo he depositado en él toda mi confianza, y no puedo hacer cosa mejor que tomarle por guia y seguir sus consejos.

Conde. ¡Oh! Sí. Como de esos hay que dan escelentes consejos, y ellos mismos se verian muy apurados para ponerlos en ejecucion.

Carolina. ¿Qué quiere usted decir con eso?

Conde. Nada, señora. Pero creo que entre amigos deberia haber mas indulgencia. Creo que necesita ser irreprensible el que hace profesion de acusar á los demas.

Carolina. ¿Segun eso no lo es mi marido?

Conde. No digo yo tanto.

Carolina. Pues yo sí, porque lo sé. Mi esposo me lo ha confiado todo.

Conde. (¡Oh cielo!)

Carolina. Y lejos de tenerle rencor, ahora le quiero mas que nunca.

Conde. (¡No hay esperanza para mí!) ¡Cómo, se-

ñora! ¿Todo se lo ha confesado á usted?

Carolina. Sí señor.

Conde. ¿Su cita? ¿La cena de esta noche?

Carolina. ¡Una cena! ¡Una cita!

Conde. ¡Ah! ¿Con que no sabia usted...

Carolina. No por cierto.

Conde. ¡Oh! Pues no me crea usted. Nada sé.

Carolina. No, no. En vano quiere usted disimular. Acabe usted de esplicarse, ó creeré que ha tratado de calumniar á mi marido.

Conde. Señora, soy incapaz...

Carolina. Hable usted claro, ó no vuelva á verme en su vida.

Conde. No se acalore usted. Yo...

Carolina. Señor conde, yo amo á mi esposo: le amo con todo mi corazon; pero si es cierto que me ha sido infiel, si puede usted darme una prueba de su traicion, una prueba evidente...

Conde. ¿No me desterrará usted de su presencia? ¿Me será permitido...

Carolina. ¡La prueba!

Conde. En mi poder la tengo. Una carta... Pero mi proceder...

Carolina. ¡La prueba!

Conde. ¿Me promete usted que esta noche en el baile seré... su caballero?

Carolina. Eso depende de usted.

Conde. ¡Oh dicha! ¿Pero me jura usted el secreto mas...

Carolina. (*Fuera de sí.*) ¡Esa carta... esa carta!

Conde. (*Dándosela.*) Tómela usted, señora. Esta mañana la recibí, y ha de saber usted...

Carolina. ¡Bien, bien! (*Leyendo sobresaltada.*) "Querido Enrique, si te acomoda mi caballo árabe en los ocho mil reales, será tuyo. Mándamelos, porque hoy necesito metálico. Tengo que pagar cierto aderezo destinado á una linda jóven que me da de cenar esta noche..." ¡Ah! ¡Yo muero!

Conde. (*Que se habia acercado á la puerta.*) ¡Que viene!

Carolina. ¡Silencio!

ESCENA XI.

DICHOS y DON EUSEBIO.

Eusebio. (*Con alegría.*) (La he despedido. ¡No sin trabajo! Hemos quebrado. Respiro.)

Carolina. ¿Qué me dices de esa importante visita?

Eusebio. No tanto como creía. Un corresponsal... Le he despedido.

Carolina. ¡Tan pronto!

Eusebio. (*Haciendo un gesto de admiracion que reprime al instante.*) Poco lisonjera es esa espresion para mí, que no veía la hora de volver á tu lado.

Carolina. (*Con ironía.*) ¡Oh! Tanta bondad me encanta; pero tus momentos son tan preciosos, que sentiria en el alma hacértelos perder.

Eusebio. Me parece que no podria emplearlos mejor.

Carolina. ¡Linda frase! pero insípida. Ya sabe usted que no gusto de cumplimientos.

Eusebio. No creas que yo... (*Aparte al conde.*) ¿Qué tiene mi muger?

Conde. Caprichos. (Donde las dan las toman.)

Eusebio. Acabo de mandar que nos den pronto de comer. Con eso...

Caralina. Con eso será mas larga la noche, y se cenará con mas apetito.

Eusebio. ¿Qué dices?

Carolina. Yo... nada. (*Al conde con amabilidad.*) ¿Quiere usted darnos el gusto de comer con nosotros?

Conde. Me es imposible, señora. Me han hecho un convite á que no puedo faltar.

Eusebio. (¡Me alegro!) Pues vamos, querida mia; vamos nosotros á comer, con permiso del señor.

Carolina. Es temprano. No tengo gana.

Eusebio. (*Con impaciencia.*) ¡Cómo... (*Con dulzura.*) Sea lo que tú gustes. Esperaré.

Carolina. Mal harás, porque yo no pienso sentarme á la mesa. Me estaré en mi habitacion hasta la hora del teatro.

Eusebio. Pero, muger, tan temprano...

Carolina. Asi tengo mas tiempo para mi tocador. (*Mirando al conde.*) Hago ánimo de ponerme muy bella.

Eusebio. ¿Piensas segun eso ir al baile despues de la ópera?

Carolina. ¿Qué he de hacer? Es preciso. Mi tia me espera; tú me has mandado que vaya...

Eusebio. ¡Mandado! Me parece que te lo supliqué.

Carolina. Eso queria decir. Las súplicas de los maridos son mandatos.

Eusebio. ¿Y si yo te rogase ahora que no fueses?

Carolina. Ya sería tarde. Mis galas estan prevenidas; he dado ya órdenes.

Eusebio. (¡Me consumo!)

Carolina. ¡Ah! Y tengo que consultar con el señor conde... ¿Qué me pondré, el collar de perlas, ó el de topacios? A gusto de usted ha de ser.

Conde. Señora...

Carolina. No hay cosa mas natural. Siendo usted quien me ha de dar la mano...

Eusebio. (Esto ya es demasiado.) Pues señora, yo no quiero...

Carolina. ¿Cómo?

Eusebio. (*Con dulzura.*) No quiero contrariarte. Pero si yo te acompañase... (*Mirando al conde.*) (Enrique ha perdido el color.)

Carolina. ¡Es cosa rara! Tú, que nunca vas á casa de mi tia; que estás reñido con ella...

Eusebio. (No aprueba mucho mi idea.)

Carolina. Y ademas, esta noche tendrás tú sin duda otras ocupaciones mas agradables que te impedirán...

Eusebio. (*Mirándolos.*) (Estan de acuerdo.) ¿De qué ocupaciones me quieres hablar?

Carolina. ¿Qué sé yo! De esas que suelen tener los maridos, y no pueden saber sus mugeres.

Eusebio. (¡Qué oigo! ¿Si sospechará...)

Carolina. Voy, voy á mi tocador. — Hasta luego, conde. No tarde usted. (*El conde da la mano á Carolina hasta la puerta de su gabinete.*)

ESCENA XII.

EL CONDE y DON EUSEBIO.

Eusebio. (Está visto. Le ha dicho lo de la cita. Pero como no existe ninguna prueba... ¡Ah! ¿Y mi esque-

la de esta mañana? Si se la ha dado soy perdido. ¿Cómo averiguaria yo...)

Conde. A Dios, Eusebio.

Eusebio. ¡Qué! ¿Te vas?

Conde. Sí. Cómo donde tú sabes, y antes tengo que pasar por mi casa.

Eusebio. ¡Ah! ¿Vas á tu casa? Pues envíame ese dinero: los diez mil reales del caballo.

Conde. ¿Qué estás diciendo? ¿No me lo has vendido en ocho mil?

Eusebio. No, hombre. ¡Si quedamos en la media talega!

Conde. Estás equivocado.

Eusebio. Te aseguro que no.

Conde. Ocho mil reales decias en tu esquela; y pronto te vas á convencer... (*Va á buscarla en sus bolsillos, y se detiene.*)

Eusebio. (*Sonriéndose.*) Bien, bien. Veamos la esquela.

Conde. (*Turbado.*) No, es inútil. Basta tu palabra. Te daré los diez mil.

Eusebio. De ningun modo. Yo me precio de muy formal. Lo que diga la esquela, y nada mas. Sácala.

Conde. ¡Qué simpleza! ¿No digo...

Eusebio. Esta mañana te la metiste ahí, en el bolsillo del chaleco. No te lo has mudado.

Conde. ¿Sí? En efecto... Pues... no sé...

Eusebio. (¡Se la ha dado á Carolina!)

Conde. Pero repito que me atengo á lo que digas. Voy, voy ahora mismo á enviarte...

Eusebio. No, no. Tráelos tú mismo cuando vuelvas para acompañar á mi muger. Tengo que hablarte.

Conde. (*Volviendo.*) ¿Sobre qué?

Eusebio. Ya lo sabrás. ¿Qué puedo yo ocultar á tan cordial amigo?

Conde. ¡Hombre, me hablas con un tono... ¿Qué tienes?

Eusebio. Nada, nada. Hasta luego, amigo mio.

Conde. Hasta luego.

ESCENA XIII.

DON EUSEBIO.

Ya no podia contenerme, y por poco no lo echo todo á

perder. Siempre hay tiempo para romperse la cabeza. Si no logro mi designio... Hasta ahora la guerra habia sido franca, leal..., como la que se hace á todos los maridos civilizados. ¡Pero apelar á la traicion para destronarme, revelar mis secretos, violar el derecho de gentes... ¡Ah! ¡Qué horror!

ESCENA XIV.

DON EUSEBIO. GUTIERREZ. *(Un criado trae luces y se retira.)*

Gutierrez. Cuando usted guste...

Eusebio. ¡Ah! ¿Qué traes, Gutierrez?

Gutierrez. ¿No viene usted á comer? Hace una hora...

Eusebio. Bien; déjame. Hoy no cómo.

Gutierrez. ¿Está usted todavía haciendo versos?

Eusebio. ¡Qué pregunta!

Gutierrez. Como dicen que los poetas no comen...

Eusebio. ¿Dónde está Carolina?

Gutierrez. En su gabinete. Se está poniendo de veinte y cinco alfileres.

Eusebio. (¡Para dar gusto á otro! La cosa no puede ser mas agradable.)

Gutierrez. Tampoco quiere comer. Hoy estan ustedes muy económicos.

Eusebio. Y tú, que eres tan amante de la economía...

Gutierrez. No en la mesa.

Eusebio. Un baile es capaz de hacer olvidar á las mugeres... Estará sin duda muy alegre.

Gutierrez. Al contrario, de muy mal temple. Tenia en la mano un pepel que releía de cuando en cuando.

Eusebio. (¡Oh cielo!)

Gutierrez. Y creo haber reconocido en él su letra de usted. ¿Son los versos que estaba usted componiendo...

Eusebio. Sí. (¡La maldita esquela de esta mañana!)

Gutierrez. Estaba enojada con todo el género humano; con sus doncellas, con su vestido, con un collar de topacios, que segun decia la sentaba horriblemente...

Eusebio. ¡Qué me dices! Espera, espera. *(Saca de su escritorio el aderezo que guardó en la escena primera,*

y se lo da á Gutierrez.) Toma: llévale este aderezo.

Gutierrez. ¡Los diamantes de esta mañana! ¿Con que eran para la señorita?

Eusebio. Claro está. Una sorpresa...

Gutierrez. ¡Ah, señor don Eusebio! Perdóneme usted las impertinencias que le dije. Yo creía que esas joyas pertenecian al artículo de esportaciones... ¡Bravo, bravo, señor mio! Regale usted diamantes á su muger. Honor para usted, placer para ella, y al cabo... todo se queda en casa.

ESCENA XV.

DON EUSEBIO.

¿Qué dirá cuando reciba el aderezo? ¡Momento crítico! Si la cólera es el único enemigo que tengo que temer, á fuerza de cariño y de agasajos puedo hacerla olvidar mis errores. Si me ama todavía, no me costará trabajo el persuadirla; pero si ya me aborrece, si no consigo que renuncie por mí á ese baile, si quiere asistir á él acompañada del conde..., entonces, á pesar mio... Ella viene. ¡Qué hermosa está!

ESCENA XVI.

DON EUSEBIO y CAROLINA *vestida de baile, y con los diamentes en la mano.*

Carolina. *(Llega apresurada.)* ¡Es posible! ¿Daré crédito á Gutierrez? ¿Con que este aderezo es regalo...

Eusebio. Mio. ¿Te parece imposible que emplee yo en tu obsequio esa pequeña galantería?

Carolina. No por cierto; pero en esta ocasion...

Eusebio. Es muy oportuna. ¿No vas esta noche al baile?

Carolina. Sí. Y no sé cómo manifestarte mi agradecimiento.

Eusebio. Aceptando mi presente.

Carolina. *(Dudosa.)* ¡Yo...

Eusebio. No me hagas un desaire.

Carolina. (*Mirando el aderezo.*) (A la verdad bien puede ser que sienta remordimientos, que esté arrepentido... Es preciso ser indulgente. Si no fuera por esa cita que me desespera...)

Eusebio. Vamos, ¿qué dices?

Carolina. Puesto que tú lo exiges... (*Se pone el aderezo.*)

Eusebio. Sí; por interes mio.

Carolina. ¡Cómo!

Eusebio. Ya te veo aparecer en el baile como un astro resplandeciente. ¡Qué de atenciones, qué de lisonjas! Unos serán atraidos por el iman de tu belleza; otros por el brillo de tus diamantes; y cuando oigas esclamar por do quiera: "¡Oh, qué hermosa!" quizá te acordarás de mí mal de tu grado.

Carolina. No tengo necesidad de eso. (*Suspirando.*) Al contrario, muchas veces quisiera yo olvidar...

Eusebio. ¡Qué dices!

Carolina. Nada. ¿Qué tal te parezco?

Eusebio. ¡Ah! ¡Demasiado bella!

Carolina. ¡Demasiado! ¿Por qué?

Eusebio. Porque en el baile te vas á ver sitiada por todos los elegantes, por todos los babosos de Madrid.

Carolina. (*Sentándose.*) Asi lo espero.

Eusebio. Ya me parece que los estoy viendo apoyándose en el respaldo de tu silla... (*Lo hace.*)

Carolina. Cuidadito, que me ajas los ahuecadores.

Eusebio. No temas. Ya los veo inclinarse hácia tí... (*Lo hace.*)

Carolina. Pues; como ahora tú, poco mas ó menos.

Eusebio. Cierto. Puedes suponer que yo soy uno de tantos.

Carolina. Sí, es facil.

Eusebio. (*Con amor.*) Te dirán que nunca has estado tan linda; que jamas se ha presentado á sus ojos un objeto tan amable, tan seductor.

Carolina. ¿Y dirán la verdad?

Eusebio. Si he de juzgar de su corazon por el mio... Y añadirán que reina en tu trage y en tu prendido un buen gusto, una gracia que se percibe y no se puede esplicar, porque su mayor mérito... es el ser indefinible.

Carolina. ¿Crees tú que dirán eso?

Eusebio. ¡Oh! No lo dudo.
Carolina. Y yo dudo que lo digan tan bien como tú. ¿Sabes, Eusebio, que eres muy amable cuando quieres serlo?
Eusebio. ¿Y quién no lo es al lado de una hermosa?
Carolina. ¡Eusebio, mira lo que haces! ¡Galanterías tú!
Eusebio. ¡Si estamos en el baile!
Carolina. Ese aire de ternura me recordaba otros tiempos mas felices. Confieso que te escuchaba con mucho placer, y que me iba enterneciendo...
Eusebio. ¡Carolina, mira lo que dices! ¡Coqueterías tú!
Carolina. ¡Si estamos en el baile!
Eusebio. ¡Ya ves cuán peligrosos son los bailes para las mugeres!
Carolina. ¡Ya ves tú á lo que se esponen los maridos que no las acompañan en ellos!
Eusebio. Cuando no es posible, cuando hay motivos...
Carolina. (*Vivamente levantándose.*) ¡Motivos tú! ¡Y te atreves á alegarlos!
Eusebio. Sí, Carolina; y tal vez si supieras cuáles son....
Carolina. ¡Ah! Tú te guardarás muy bien de esplicármelos.
Eusebio. No tal; y si tú lo deseas, todo te lo confesaré.
Carolina. ¡Si lo deseo! Habla, habla... ¡Pero guárdate de engañarme! Solo tu sinceridad pudiera... Di, di; ¿qué esperas?
Eusebio. Escucha... Pero siento un coche. Ya viene el conde á buscarte.
Carolina. ¡Ah Dios mio!
Eusebio. No, que sigue por la calle arriba.
Carolina. ¡Ah! Me alegro.
Eusebio. ¿Sabes que tu caballero... se hace esperar mucho? Eso es muy feo. Está haciendo el marido.
Carolina. Seguramente.
Eusebio. Siendo asi, bien puedo hacer yo el amante.
Carolina. ¡Tú! Tienes muy olvidado ese papel.
Eusebio. Uno solo no puede representar ciertos papeles. Necesita que le ayuden. Es indispensable que otra persona le anime, le comprenda, ¡y yo no tengo esa dicha! Ahora, por ejemplo, yo te veo como hace dos años, en igual dia, engalanada como estás hoy, y

tan brillante, tan linda... ¡Ah! mil veces mas, porque entonces me amabas, y jurabas amarme hasta la tumba.

Carolina. ¡Oh cielo!

Eusebio. ¿Qué se han hecho aquellos dulces juramentos? ¿Cómo podrás recordarlos? ¡Tú que ni siquiera tienes presente el dia en que fueron pronunciados!

Carolina. ¡Qué dices! ¿Es hoy el aniversario de nuestro casamiento?

Eusebio. Sí, Carolina; hoy es, y solo yo habia pensado en él. Para celebrarle te habia preparado en secreto esa sorpresa, esos diamantes.

Carolina. ¡Es posible!

Eusebio. La felicidad no necesita testigos; y tan dulce idea me formaba yo de una noche pasada lejos de frívolas reuniones, al lado de una muger encantadora, de la mia... Pero ha resuelto ir al baile; tiene otros designios, y todos mis esfuerzos no han podido hacerla renunciar á ellos.

Carolina. ¡Oh querido, querido de mi corazon! ¡Cuán culpable era tu Carolina! Yo me castigaré. Todo lo sabrás.

Eusebio. ¡Cómo!

Carolina. Nada, nada quiero tener oculto para tí. Me sería tan penoso... Sabe que me hacen la corte, que tienden mil lazos...

Eusebio. Nada quiero saber.

Carolina. ¡Ah! No lo hago por tí, sino por mí misma. El conde, tu amigo, me ama, me solicita... Yo no tengo la culpa.

Eusebio. ¡La tendré yo probablemente!

Carolina. Tal vez tu indiferencia le alentaba. Aunque insensible á sus obsequios, yo no dejaba de lisonjearme... ¿y quién sabe si algun dia...

Eusebio. ¡Oh cielo!

Carolina. Nadie sabe lo que puede hacer mañana. Ayer se atrevió á hacerme una declaracion por escrito.

Eusebio. ¡Qué me cuentas!

Carolina. Sí; una declaracion en forma. No sé qué ha sido del billete. Lo he perdido; sino te lo enseñaria. Y, para que veas hasta dónde puede arrastrarnos la cólera, yo, que hasta ahora habia desdeñado al con-

de, le habia hecho mil desaires, tan irritada estaba contra tí, que acaso...

Eusebio. (¡Ah! ¡Si me descuido...)

Carolina. ¡Pero cuán injustamente te acusaba yo! Perdona: ¡era tanto mi dolor! Ni un instante se apartaba de mi pensamiento tu carta fatal. Al baile la llevaba como un tormento despedazador. Aqui está; aqui en mi seno. Tómala.

Eusebio. (*Tomándola.*) (¡Pérfido Enrique!)

Carolina. Mira ahí la causa de mi engaño. Esos diamantes, esa cita con una linda jóven... Yo no podia figurarme que se trataba de mí, y creyéndote infiel... ¡Ah! No me atrevo á mirarte.

Eusebio. (*Enjugándose una lágrima.*) (¡Pobre muchacha!) (*Con calor.*) No, Carolina, todo lo vas á saber. Yo...

Carolina. ¡Bien! Los dos somos culpables; perdonémonos mutuamente. Escuso decirte que ya no voy al baile ni á la ópera.

Eusebio. ¡Oh bien mio!

Carolina. Me quedo en tu compañía; y si me quieres dar de cenar, te lo agradeceré mucho, porque tengo una hambre... Ya ves, de rabia no he comido.

Eusebio. Otro tanto me ha sucedido á mí.

Carolina. ¡Mira si estabamos de acuerdo!

Eusebio. ¡Haberte puesto de tiros largos inútilmente!

Carolina. No, que he lucido mis galas á tus ojos, ¡y solo á tus ojos! Pero ya me fatigan y estoy deseando despojarme de ellas. Llama á mi camarera. (*Don Eusebio va á tirar del cordon de la campanilla, y Carolina le detiene.*) ¡Ah! Se me olvidaba que la he dado licencia para ir al teatro. Pero creo que no me hará falta. (*Va al espejo.*) Eusebio, ¿quieres quitarme este broche?

Eusebio. Con muchísimo gusto. Ah, ¿quién viene?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, GUTIERREZ, *y luego* EL CONDE.

Gutierrez. El señor conde del Tornasol pregunta si la señora está visible.

Eusebio. Que pase adelante.

Conde. ¡Cómo! ¿Aun no está usted vestida? Abajo está mi berlina. Ya se habrá principiado la ópera. No perdamos tiempo. ¡Cómo va usted á brillar en el palco! ¡Y luego en el bailè! ¡Ah! ¡Cuántas van á envidiar...

Carolina. Siento mucho que usted se lleve chasco, señor conde; pero por esta noche me abstengo de la música y de la danza.

Conde. (¡Qué oigo!) Ya entiendo: su marido de usted habrá exigido...

Carolina. No señor; yo soy la que quiero estarme en casa, y tengo en ello muchísimo placer.

Eusebio. Amigo, siento infinito que Carolina no luzca tu leccion de *galopa*. — Gutierrez, ¿quieres hacerme el favor de disponer que nos den de cenar?

Gutierrez. ¿En el comedor?

Eusebio. No, en el gabinete de Carolina: junto á la chimenea.

Conde. ¡Cenar á estas horas!

Eusebio. O merendar; como tú quieras. — ¡Ah! Te pido mil perdones.

Conde. ¡A mí!

Eusebio. Sí, tenias mucha razon. Ocho mil reales son los que te he pedido por mi caballo, y no diez mil como decia.

Conde. Yo no quise porfiar...

Eusebio. (*Mostrándole la carta.*) Mira. Bien claro lo dice mi esquela.

Conde. (¡Todo lo sabe!)

Eusebio. Por cierto que hay errores muy necios, muy reprensibles. (*Besando la mano á Carolina.*) ¿Verdad, Carolina?

Carolina. Y desengaños muy saludables.

Conde. Ya comprendo. Beso á usted los pies, señora.

Eusebio. Gutierrez, ten la bondad de alumbrar al señor conde.

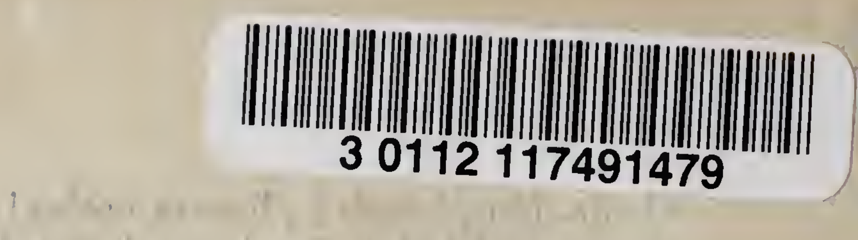
Gutierrez. Con muchísimo gusto. (*Yendo á tomar una luz.*) (¡Bueno! Tres, menos uno, dos. Esta ya es otra aritmética.)

Eusebio. (*Al conde pronto á desaparecer y apoyando el brazo en la cintura de su esposa.*) Buenas noches, conde.

Conde. (*Suspirando.*) ¡Buenas noches!

Gutierrez. (*A don Eusebio y á Carolina.*) ¡Felices! (*Al conde, que acaba de volver la espalda.*) Hasta nunca. (*A sus amos, é indirectamente al público.*) Hasta mañana, si Dios quiere.

FIN DE LA COMEDIA.


3 0112 117491479